

EL PANORAMA.

HISTORIA NATURAL.

EL MANGLE Y LA GRULLA DE INDIAS.

Uno de los árboles mas singulares que produce la naturaleza es sin contradicción el *Mangle* (*rhizophora mangle*. Linn. familia de las Loráceas). Crece en las rejones cálidas de la América meridional y comunemente tiene poca elevación. Vive mejor á la orilla de las aguas, en las lagunas marítimas y á la embocadura de los rios: sus hojas son opuestas así como sus ramas: el tronco echa de trecho en trecho una especie de tallos desnudos, que al principio se prolongan horizontalmente, inclínanse luego hacia la tierra y acaban por introducirse en ella y echar raíces, de manera que aseguran el árbol contra las tempestades muy frecuentes en aquellos países; como si lo estuviera con maromas y botaretes. Cada uno de estos tallos produce otros en su parte inferior, ramas hojosas en la cima y forma en pocos años otro árbol entero y completo. De aquí resulta que con el tiempo un solo *Mangle* puede cubrir una grande extensión de playa constituyendo el solo una selva entera; bien que esto apénas sucede y únicamente en los parajes en que la marea no alcanza á cubrir sus singulares apoyos. En otras partes cualesquiera, los vástagos se inundan cada dia, y por consiguiente no pueden desenvolverse las hojas. Las aguas deponen en ellos con bastante frecuencia el desove de las ostras, que adhiriéndose á la corte-

za, se desarrolla y produce tantas conchas que llegan á cubrir completamente el tronco, y forman guirnaldas mariscas suspendidas del árbol.

Tambien es singular la reproducción de la simiente. Cuando el fruto está ya maduro, no aguarda la semilla para jermiñar á desprenderse del árbol. Comienza la almendra á descubrir sus tegumentos y á echar por de fuera una raicilla ó rudimento de la futura raíz, de diez á doce pulgadas de longitud, figurando una maza suspendida por la punta mas delgada: la gruesa, que por consiguiente mira á la tierra termina groseramente en punta. Hasta que la plumilla (primeras hojas de la tierna planta) se desenvuelve, no se desprende del fruto ni cae el embrión. El peso de la punta gruesa de la maza lo arrastra manteniéndolo en posición vertical, y la fuerza de la caída lo introduce en el blando cieno; de manera que el árbol naciente queda plantado con tanta perfección como si lo fuera por la mano del jardinero. Profundiza desde cuatro á ocho pulgadas, segun la mayor ó menor blandura del cieno y siempre es su solidez relativa á la dureza á flejedad del terreno, circunstancia que no todos los jardineros saben calcular.

Al lado de este extraño vegetal y por una licencia artística ha figurado el dibujante un ave de singular especie, la *Grulla de Indias*, (*ardea antigone*. Edw.) llamada así porque habita exclusivamente en las Indias orientales. Su altura es de cinco pies, su color un blanco ceniciento: tiene las alas negras y muy grandes; el pico grueso y largo. Cuelga de cada lado de la cabeza desnuda y carunculada un



penachillo de pelo, y por debajo del cuello un harpo de cerdas. Sus piernas delgadas y muy largas son de hermoso color encarnado. Esta ave conserva una actitud laudada, tiene movimientos torpes, lentos y algo ríjidos, lo cual le da un aspecto muy notable de gravedad. Se reúne en bandadas numerosas y gusta de los arenales que la mar descubre cuando baja la marea. Como toda la bandada va siguiendo el agua á medida que se retira, marchan entónces las grullas en bastante correcta alineacion, y es espectáculo curiosísimo el de aquella falange que se detiene ó avanza lentamente, segun el movimiento de las olas; mientras otras se pasean con gravedad detras de la fila, manteniéndose tiesas y adelantando sus delgadas piernas con acompasada lentitud y como contando los pasos, al modo que lo hacen los soldados en ciertas evoluciones. Esto sin duda habrá dado origen al nombre de *ayudantes* que les han puesto los ingleses, y al de *sorjentos* que les aplican los franceses que habitan en las Indias.

Por lo demas, la *Grulla de Indias* es un pájaro muy útil en las comarcas que habita, porque limpia las orillas del mar de animales muertos y de otras inmundicias que arrojan el agua y la marea, y persigue á las serpientes ponzoñosas y otros reptiles en los parajes húmedos, que sin este natural auxilio serian intran-sitables. Rara vez abandona las riberas, y durante la pléyura se posa en el tronco de un árbol y allí permanece muchas horas en completa inmovilidad. Cuando la mar baja, se levanta, vuelve á la ribera, y se dedica á buscar moluscos, tortugas pequeñas, lagartos, ranas y otros animalillos, con los cuales se contenta á falta de peces. En las márgenes de los lagos y los rios se mete algunas veces en el agua hasta media pierna y allí consume muchas horas atisbando con la mayor paciencia si pasa alguna pez á tiro. Dobra el cuello so-

bre el lomo de manera que la cabeza descansa casi sobre el pecho: cuando ve la presa, lo alarga de pronto y con un movimiento tan rápido como el relámpago alcanza su formidable pico al pez, lo asegura como una tenaza y no lo deja escapar á pesar de la resbaladiza escama y de los esfuerzos del animal. Si es pequeño, lo traga instantaneamente; si es grande gana paso tras paso la ribera y lo despedaza sobre la arena. Cuando está repleta vuelve al tronco del árbol que eligió para morada, se duerme en él y no lo abandona sino despues de otra marea ó cuando el hambre la hostiga mucho.

No obstante el desagradable aspecto y ridículos jestos de este pájaro, los bramines lo tienen en gran veneracion, no porque les sea útil, sino porque creen que despues de muerta va su alma á parar al cuerpo de una grulla. Por esta razon se multiplican prodijosamente unos animales cuya caza se tendria por imperdonable crimen. No temen al hombre porque nunca los ha incomodado, y sin miedo de estorbarlos pueden examinarse sus evoluciones á distancia de cincuenta pasos. La hembra anida en los pantanos como la garza real, tiene extremado amor á sus polluelos y los defiende furiosa de los perros y de los hombres. Cuando ve que el enemigo se acerca, dobla las patas y pega el pecho contra el suelo, levanta un poco las alas, las abre hasta la mitad de su extension y encorva sobre el lomo el largo cuello, de manera que la cabeza queda colocada en el arranque de las dos alas. En esta defensiva actitud aguarda que su antagonista esté cerca: entónces estira de repente el cuello y lanza la cabeza con tal fuerza, que el pico duro, cerrado y agudo atraviesa muchas veces de parte á parte la pierna de un hombre, y mata un perro si logra herirlo en un costado.

LITERATURA.

DISCURSO

SOBRE LAS UNIDADES DRAMÁTICAS.

(Conclusión.)

Pero si las reglas de las tres unidades acortan el vuelo al ingenio, si el que huye de ellas se expone á perderse en la oscura noche del error, ¿cual debe ser la senda que el escritor dramático elija, y que, igualmente distante de ambos precipicios, le guie con seguridad al acierto? ¿Existe este camino? ¿Se puede fijar este justo medio? Yo juzgo que por lo ménos puede indicarse. Enlace íntimo tienen entre sí las tres unidades dramáticas, y de la una se pueden deducir reglas para las otras. Los límites de las de lugar y de tiempo dependen de la unidad de acción, cuyo círculo está fiado al compás de la razón, al buen gusto, á la observacion y al criterio del escritor dramático, repito, porque el drama no es epopeya, ni novela, ni historia, y su acción debe ser la que corresponde á su género. Una acción necesita el poema épico, una el teatral: pero no podrán ser de igual magnitud las dos, cuando cada episodio de la epopeya puede constituir una acción completa para el Teatro. *Briseida, Dido, Olindo, Armida, Ines de Castro* son personajes episódicos de cuatro poemas épicos, y cada uno de estos personajes ocupa una fábula trágica. El poeta que conozca la empresa que acomete cuando bosqueja en un papel el plan de una obra destinada al Teatro, que esté convencido de que para escribir en cualquier género se necesita aquel inmenso *sapere* de Horacio, ese no escojerá para asunto de una comedia toda la vida de

un hombre, porque en ella forzosamente ha de haber mas de una acción, á no que bajo este título, como sucede en la comedia del *Gran Tacaño*, se desenvuelva solo el carácter del héroe, sus costumbres, su método de vida, y no los sucesos de ella. Quien abrazase un proyecto tan vasto, comprendería, ó deliera comprender, cuan enorme responsabilidad tomaba sobre sí, al empeñarse en hacer desaparecer á fuerza de ingenio, los inconvenientes de su desgraciada elección. Porque esto es lo que exige el espectador del poeta: "yo te haré, le dice, todas las concesiones que quieras, con tal que por cada una me des una belleza mas, un placer nuevo."²²

Esta concesion claro es que no puede llegar hasta permitirle que acumule en un drama varias acciones, las cuales, aunque dentro de un cuadro, forzosamente habrán de estar separadas, y ó no interesarán, ó interesarán separadamente, estorbándose la una á la otra. Si hasta con una acción, lo demas es inútil, y en el género escénico todo lo que no es necesario perjudica, porque desagrada. La experiencia constante enseña que en los intermedios de acto á acto se disimulan los saltos cronológicos cuando están bien motivados: allí es, pues, donde deben colocarse. Se observa tambien que si al principiar un acto se fija la hora, y al concluirlo se dice que han pasado muchas, el espectador no lo cree: no hay que argüir con él; lo que importa es conocer el hecho y deducir las consecuencias. Así los incidentes que se reúnan en un acto han de poder ocurrir en el tiempo que dura su representacion, con leve diferencia, ó evitar muy de propósito que se conozca que ha transcurrido mas tiempo: no es fácil de otro modo conservar la ilusion teatral. Qué tiempo pueda concederse á los intermedios, y hasta cuanto se pueda extender el drama, cosas son que no es dable determinar de un modo fijo: la ac-

cion, juiciosamente escogida y planteada, es la que ha de dar la medida del tiempo, porque hay que permitir á la accion todo el que necesita para que aparezca verosímil. Scribe, á quien no cabe acusar de romanticismo, ha empleado en algunas de sus composiciones pocas horas, en otras se ha extendido á un año, en alguna ha llegado hasta diez: es decir que Scribe ha tomado siempre todo el tiempo que requería el asunto que iba á manejar, poco cuando la accion era pequeña, y mucho cuando la accion era de crecidas dimensiones. Lo mismo que se ha dicho de la unidad de tiempo con respecto á la porcion de drama distribuida en cada acto, lo mismo puede decirse de la unidad de lugar; y yo no acusaré á ninguno que mude el sitio de la escena dentro de un acto y á vista de los espectadores, siempre que haya medio de evitarlo. De esta licencia tan comun en nuestro teatro antiguo, y que es la que el público perdona mas fácilmente, usan muy poco los dramáticos modernos. Que pase cada acto en un paraje distinto, si la accion lo exige, yo no creo que ofrezca ningun inconveniente. Apenas hay un autor dramático que no se haya tomado este ensauche: regla es esta, que ha sido quebrantada por todos los clásicos que no han querido sacrificar un pensamiento feliz á una traba injusta. Corneille en el *Giuno*, Moliere en el *Médico por fuerza*, Addison en el *Caton*, Lessing en *Sara-Sampson*, Alfieri en *Bruto Segundo*, Racine en *Ester*, todos estos escritores, insignes, clásicos todos respectivamente, han variado el lugar de la escena segun en sus dramas les convenia: no puede autorizarse la doctrina que proponemos con testimonios mas respetables. Habrá quien sostenga, á pesar de todo, que por levemente que se falte á las dos unidades de inferior categoría se destruye la ilusion; pero á esto se podrá satisfacer diciendo que jamas

ha sido silbada una pieza por semejante falta. El espectador que asiste, por ejemplo, á la representacion de una comedia en dos actos, cuya accion pasa en dos dias entre los cuales median quince, y en dos lugares distintos como Madrid y Barcelona, reflexiona, ó obra como si hiciere esta reflexion, que si vé el primer acto en el coliseo del Príncipe, toma un carruaje luego, y va á ver el segundo al teatro de Barcelona, toda la inverosimilitud desaparece para él sin que la pieza haya variado en una tilde. Da, pues, el viaje por hecho, que es lo mas cómodo y mas barato, del mismo modo que admite que el lienzo de los bastidores sea mármol, y que el hijo de Agamemnon hable en romance endecasílabo. Un poeta diría en este lugar que el placer alijera y hace imperceptible el curso de las horas, y que siendo el Teatro un placer, no deberíamos extrañar que allí corriese el tiempo tan velozmente: que considerásemos el Teatro como un anteojo que ya se alarga, ya se recoge, y nos ofenderia ménos que nos acercase tanto las distancias.

Recorridos los puntos que me propuse tratar, me resta satisfacer por adelantado á una objeccion que prevéo. Si es conveniente, si es muchas veces preciso apartarse del rigor sumo en la observancia de las tres unidades de accion, lugar y tiempo, ¿ será útil, será forzoso hacerlo siempre? ¿ Se deberá convertir en precepto la infracción de la regla antigua, de modo que se mire como crimen literario el escribir con arreglo á la ley derogada? De ninguna suerte. Con el sistema clásico y con el que no lo es, ha producido el injenio bellezas indisputables que serán siempre objetos de admiracion para cuantos amen la literatura. En *Fedra*, en *Zaira*, en el *Orestes* de Alfieri, en *Cayo-Graco*, en *Edipo*: en el *Hipócrita*, en el *Si de las Niñas*, en *Marcia* nada se echó mé-

nos, la estrechez de las reglas no se advierte; nada es violento allí, todo es natural, animado, interesante, bello: parece que si sus autores hubiesen querido salir de los límites clásicos, sus obras hubieran perdido gran parte de su mérito. En *La Vida es sueño*, en *Guillermo Tell*, en *Luis Oca*, y en *La Conjuración de Venecia*, el rigor de las unidades hubiera ahogado la acción, hubiera destruido el drama. Consérvese, pues, la regla; pero permítase el ensanche: aconsejese, si se quiere, la observancia; pero no se censure la disidencia. Si el que abraza la fé de Boileau salva al escribir una comedia los obstáculos que sus preceptos le ofrecen, felicítesele, y apláudase su obra; si el que traspasa el terreno, hasta aquí legal, se presenta á nuestra vista enriquecido con tesoros debidos á las incursiones que ha hecho, no le pidamos cuenta de si ha sido muy lejos á buscarlos. El público español ha pensado siempre, sin necesidad de que ningun francés se lo dijera, que todos los géneros son buenos á excepción del que fastidia. El nuevo sistema, que para nosotros es harto viejo y aun ha sido el único popular en España, me parece mas favorable al ingenio, mas acomodado á nuestro gusto, mas en armonía con nuestros hábitos, mas propio en fin para constituir nuevamente entre nosotros un Teatro nacional, si es lícito abandonarse á este deseo cuando las circunstancias políticas de la nación no dejan, por cierto, ver muy cercana una época de tranquilidad próspera, en que los españoles puedan entregarse con ahínco al culto de las Musas. España ha tenido un siglo de libertad dramática, y en ella se formó un Teatro, con el cual en vano hubiera pretendido competir ninguna otra nación europea. España recibió despues una ley extraño, de que no necesitaba seguramente, y su Teatro desde entónces no ha vuelto á llegar á su esplendor primi-

tivo. Á juzgar por estos dos hechos aislados, parece que de ellos se debería inferir que las reglas del clasicismo, las que son realmente trabas, en cuyo número pueden entrar las unidades dramáticas en su observancia mas estrecha, han sido inútiles, cuando no perjudiciales y fustas, para nosotros; pero es indispensable tomar en cuenta que en tiempo de Lope todo era permitido á los autores dramáticos desde el gracejo hasta la blasfemia, desde la máxima social hasta el ataque directo á todo poder, (porque para el Teatro no parecia que hubiese inquisicion ni censura) al paso que en los Reinados últimos, en el chiste mas inocente se veía una ofensa á la moral, y, en el simple acto de trasladar desde la historia á las tablas un personaje coronado, un desatado á la dignidad del trono. Así las semillas clásicas derramadas en el verjel de Talia, muy escasa cosecha nos rindiéron en estos tiempos de doble esclavitud literaria, y la austera, la noble Melpómene apenas pudo hallar alguna que otra brillante flor para su corona. Concurriendo á producir tan lastimosa esterilidad dos causas, injusticia sería achacarla únicamente á la introduccion del clasicismo; y aunque esta propia esterilidad contribuyese á mantener en el público español la afición á los dramas antiguos, en los cuales segun la expresion exactísima de Moratin hasta los desarreglos son hijos del ingenio, yo no quisiera que se privase al ingenio ni aun de la libertad de imponerse trabas; porque el sistema literario que mas agrade á un escritor de jenio y juicio es el único en que puede escribir con fé, con gusto, con acierto.

Mi opinion, pues, acerca de las unidades dramáticas es que la de acción es necesaria al poema escénico, que debe observarse, y que la han observado todos los buenos autores de todos tiempos y sistemas, unos

con mas latitud, otros con ménos, pero siempre dentro del círculo de la regla que es lata por sí, y que debe su establecimiento á la sana razon y no al capricho de un preceptista: que respecto de las unidades de lugar y de tiempo puede usar el poeta de todo el ensanche, que requiere una acción bien escogida, sobre todo en los entrecantos; y en fin, que los dramáticos modernos franceses de nota, destructores en su país de un poder que en España nunca estuvo muy firme, no se han tomado jeneralmente en el uso de estas dos unidades de lugar y tiempo una licencia tan excesiva, que merezca las acusaciones continuas que se les dirijen, acusaciones en las cuales no tanto veo una opinion, hija de un exámen maduro, como un efecto de que aun en los dominios de la crítica ejerce tambien la moda su tiránico imperio.

J. E. HARTZENBUSCH.

LOS CRUZADOS

EN VENECIA,

ó la fingida Emperatriz.

(Continuacion.)

LAS CONFERENCIAS.

Un día sereno disipó las tinieblas de la noche de tan lastimosa aventura. Dormían, pues, aun el Marques de Montferriat y sus amigos, entretanto que Yaoud, en su obscura morada, contaba las mone-

das de oro que iba atesorando, y que con la exquisita prevision de un avaro, y avaro israelita, tenía custodiadas en cierta caja guarnecida de hierro que egterraba y desenterraba todos los dias para contar, adorar y volver á contar su idolatrado dinero. El Marques le habia regalado en la noche anterior una buena cantidad de zequies, como recompensa de su esmerado celo en las intrigas amorosas de los paladines de la cristiandad. Despues de contemplar una y otra vez muy á su sabor el tesoro acumulado por el camino de la infamia y de la vileza, volvió á sepultarlo y salió de su casa. Atravesaba las estrechas y tortuosas calles del cuartel de San Márkos, mirando de soslayo, pero cuidadosamente en todas direcciones, rozándose con los muros de todos los edificios, y como queriéndose esconder á los ojos de la jente que transitaba por aquellos parajes. Detóvose ante una pequeña puerta que comunicaba al palacio ducal; y despues de echar á un lado y á otro nuevas miradas de suspicaz desconfianza, llamó con una alabada poco perceptible, y habiéndosele abierto inmediatamente la puerta, volvíeron á cerrarla luego que hubo entrado.

Enrique Dandolo salía entónces de la iglesia de S. Márkos, dirijiéndose, entre las aclamaciones sinceras y compradas, de un pueblo numeroso, á su palacio. Iba vestido de brocado de oro y ceñida su frente venerable con la corona ducal, cuyas preciosas piedras centelleaban heridas por los rayos del Sol, deslumbrando los ojos de la multitud. Precedíale un sacerdote con el hacha encendida, y el brillante acompañamiento de los oficiales de palacio con el parasol, la almohada de paño de oro, los clarines y los estandartes. El privilejio de llevar delante de su persona el hacha, el parasol y las banderas le acababa de ser concedido por Inocencio III, con motivo de su reconciliacion con el empe-

rador Barbaroja. Sonaban, pues, las campanas de S. Marcos y se empavesaban las galeras y palandrias del puerto para hacerle los honores.

Subió con gran trabajo el viejo Dandolo la escalera del palacio ducal, apoyado en el hombro del Cardenal legado del Papa, y ambos se cerraron en un gabinete á conferenciar.

— Podéis contar, le dijo Dandolo, con mi solemne pronunciamiento por la santa causa de la iglesia católica: y nuestro muy venerado padre Inocencio III no debe dudar que la señora del Adriático prestará con gusto mano fuerte en favor de la guerra emprendida para rescatar del poder de los bárbaros infieles aquella tierra que santificó el Redentor con sus divinas plantas, y que dejó regada con su preciosísima sangre.

— Nunca creyó Roma de vuestro celo cristiano, y prudencia consumada, que no os señaláseis en los negocios de esta gloriosa expedición con alguno de los nobles rasgos que os caracterizan y recomiendan.

— En breve estarán prontos los transportes; y los Cruzados en el derrotero de Palestina.

— Se pensaba, sin embargo, que no podrían en la actualidad pagar á la república los ochenta y cinco mil marcos de plata, y entónces...

— La República ha sido siempre generosa con sus hermanos en creencia, repuso vivamente el Dux. Cuando la señoría de Venecia no pudiese, además, prescindir del cumplimiento de ciertos tratados, Enrique Dandolo no fuera tan infeliz en recursos que desesperase de la conciliación y buen término de mas árduas dificultades.

Despidióse el Cardenal legado, y acto continuo fué introducido á la audiencia del Dux un embajador del Soldan de Egipto, al cual confirmó aquel las mismas seguridades por la gloria del profeta Maho-

ma y de sus poderosos sucesores. El oro de los musulmanes era tan bello á los ojos de Enrique Dandolo como el de los cristianos; y, metal por metal, le interesaba lo mismo uno que otro. Pocos momentos despues juró solemnemente á Balduino, conde de Flandes, y al de S. Pablo, que de allí á tres dias daría la vela para Palestina—la flota veneciana. Al retirarse cada uno de los personajes admitidos á la presencia del Dux, asomaba sobre sus pálidos labios la sonrisa del desprecio.

Ya que estuvo desembarazado de impertinencias diplomáticas hizo una señal, y alzóse inmediatamente parte de la tapicería, descubriendo una puerta secreta que á traves de un grueso muro comunicaba con esta habitacion. Sobre el dintel compareció al instante un anciano, de exterior pobre, el cual dió algunos pasos hacia el Dux, sin atreverse á levantar los ojos del suelo.

— ¡ Eres tú! dijo lacónicamente con voz endeble y amarga Enrique Dandolo.

— Á vuestras órdenes, Alteza serenísima, contestó el anciano, sin mirar á quien le hablaba, y con una profunda inclinación de cabeza.

— Acércate, hijo de Abraham; llega y que mis ojos, ya casi cerrados á la luz, puedan reconocerte. Llega y que mis oidos ensordecidos bajo el peso de noventa y cuatro años, escuchen todavía tus palabras. ¿ Están ya bastante arruinados los caballeros franceses? ¿ Les queda algun marco de plata reservado en las escarcelas? El Marques de Montferrat...

— Alteza, continuó el judío, habiéndose detenido el Dux despues de pronunciar el nombre del Marques, todo se ha ejecutado segun vuestras respetables órdenes. Mis encargados se conducen perfectamente. Ninguno de los peregrinos, aunque vendiese sus armas y caballos, podría juntar hoy doscientos marcos de plata.

— Me place, dijo el Dux, me place! y añadió en voz mas baja, frotándose las manos: ya están á mi disposicion. Si quieren salir de Venecia, les será indispensable auxiliarme en la expedicion de Esclavonia. El Pontífice va á pagarme ahora sus pomposas bulas y sus intrigas: el Sultán de Siria quedará contento; en cuanto al rey de Francia... callará, y con tal de verse libre de sus turbulentos feudatarios, poco le importará que peleen por el sepulcro de Cristo ó por la gloria de Venecia. Alzó luego la voz, y dirijiéndose al judío,

— Yaoud, le dijo, vas á recibir trescientos marcos de plata por tu trabajo; háblame del Marques de Montferrat. ¿Está muy enamorado de su pretendida emperatriz? ¿Desempeña bien su papel la cortesana á quien lo has confiado? ¿Desmentirá la famosa reputacion de las venecianas?

— ¡Alteza serenísima! contestó Yaoud, poniendo bajo el brazo izquierdo su gorro amarillo, que hasta entónces habia tenido en la mano, y dándose cierto aire de grave importancia, pero siempre mirando al suelo. — Alteza serenísima! La jóven que se ha prestado á ser por algun tiempo la emperatriz Margarita puede vanagloriarse sin disputa de merecer se le considere como la mas diestra y hermosa de todas las mujeres de los estados de la república. Esta misma noche se casa con el Marques de Montferrat.

— ¡Como! eso es llevar las cosas demasiado léjos, mi querido judío, y debéis saber que la celebracion de un matrimonio semejante es negocio serio y aventurado: es delito que pudiera costaros las orejas y acaso la vida. Pero... no me acordaba ya. Las disposiciones del Pontífice impiden á los Cruzados casarse hasta el regreso de Palestina. Me tranquilizo.

— Señor, se trata de un matrimonio

secreto en que tendrán parte personas de la absoluta confianza del Marques; la bendicion nupcial será administrada por un sacerdote frances. Todo está previsto; mas yo me atreveré á suplicar á vuestra Alteza serenísima se digne autorizarme para salir de Venecia con la emperatriz y el poco dinero que con tanto trabajo he llegado á juntar, en el caso desgraciado de que se me hubiese de seguir algun compromiso.

— Yaoud, te aseguré desde luego mi proteccion, y serás siempre protegido. Debo observarte, con todo, que esta proteccion es de secreto: es moneda sin curso si se pone en circulacion; en una palabra, tales pudieran ser las circunstancias, que el Dux te mandase quemar en la plaza al dia siguiente de haberte dispensado su confianza en palacio, ¿me entiendes?

— De cualquier modo, señor; si vuestra Alteza serenísima me protege, todos los caballeros de la corte de Felipe Augusto, conjuzados contra mí, no me asustan.

En este momento se presentó un oficial de palacio á decir al Dux que el comandante del puerto esperaba las últimas instrucciones de Su Alteza para permitir ó no el embarque de los víveres necesarios á la flota que debia conducir los Cruzados á Palestina. Dándolo despidió al judío, y este partió inmediatamente á preguntar al Marques de Montferrat si habia que practicar alguna jestion en su obsequio.

(Se continuará.)

BIOGRAFÍA.

KOTZEBUE, LITERATO ALEMÁN.

Ya que el título de escritor universal corresponde de derecho á todo autor que se ha ensayado en gran número de jéneros,

bien que sin sobresalir en ninguno y aun quedándose en muchos mucho mas abajo de la medianía, no contestaremos la universalidad de Kotzebue. Poesía, filosofía, historia, novelas, viajes, crítica literaria y política, de todo esto trató; pero merece ser estudiado y juzgado principalmente como autor dramático. Madama de Staël ha desempeñado esta doble tarea con su ordinaria sagacidad. "Ningun juez imparcial, dice, puede negarle un perfecto conocimiento de los efectos de teatro. Los dos hermanos, *Misanthropía y arrepentimiento*, *Los Hussitas*, *Los Cruzados*, *Hugo Grcio*, *Juana de Mantua* con *La muerte de Rolla*, &c. excitan el interés mas vivo donde quiera que se representan. Sin embargo, es forzoso confesar que Kotzebue no sabe dar á sus personajes ni el colorido de los siglos en que vivieron, ni la fisonomía nacional, ni el carácter que les atribuye la historia. Estos personajes, sean cuales fueren el pais y el siglo á que pertenecieron, se presentan siempre contemporáneos y compatriotas: tienen las mismas opiniones filosóficas, las mismas costumbres modernas; y ya se trate de un hombre de nuestros días ó de la hija del sol, nunca se ve en sus comedias mas que un cuadro natural y patético del tiempo presente. Si el talento de Kotzebue, único en Alemania, estuviese unido al don de pintar los caracteres tales como la historia nos los transmite, y si su estilo poético se elevase á la altura de las situaciones que ingeniosamente inventa, el éxito de sus dramas sería tan duradero como brillante."

Kotzebue nació el 3 de mayo de 1761 en Weimar, donde su padre desempeñaba el destino de consejero de legacion. Sus disposiciones poéticas se manifestaron desde la infancia, y sin embargo se distinguió mucho en el estudio del derecho. Veinte años tenia, cuando el conde de Goertz, mi-

nistro de Prusia en Rusia, le llamó á San Petersburgo. Kotzebue fué allí en calidad de secretario del conde de Bauer. La recomendacion de este y algunos dramas representados en la Ermita, le valieron el favor de la emperatriz Catalina, quien le nombró consejero titular, le colocó en la administracion de Reval, en Estonia, donde en 1783 ascendió á asesor del primer tribunal y luego á presidente de aquel gobierno con el grado de teniente coronel. En 1795, habiendo dado ó recibido su dimision, se retiró cerca de Narva, á una hacienda que adquirió por su enlace con una señorita rusa de noble alcurnia. Allí se entregaba todo entero á su afición á la literatura dramática. En 1796 aceptó la plaza de director del teatro imperial de Viena y la dejó á los dos años. En la primavera de 1800, á solicitud de su esposa, se volvió á Rusia; pero, al llegar á las fronteras del imperio, le privaron de su libertad y le enviaron á Siberia por orden de Pablo I. Kotzebue ha contado la historia de su destierro, aunque le acusan de haber forjado en ella una novela con el título de *El año mas notable de mi vida*. No tardaron los amigos del autor en des impresionar al príncipe, quien volvió á llamarle, se excusó con él y le confió la direccion del teatro de S. Petersburgo. Después de la muerte de Pablo I, regresó á Weimar. Resentido por la supremacía que Goethe ejercía en aquella ciudad, se ausentó para recorrer la Francia y la Italia; y aunque bien recibida por ambas naciones no ultrajó ménos á la una que á la otra en sus *Recuerdos de París*, *de Roma* y *de Nápoles*.

Hacia fines de 1803 emprendió en Berlin la publicacion de un periódico titulado *el Sincero*. Hasta 1813 se consagró alternativamente á las materias literarias y á las políticas, y se le atribuyen muchos de los manifestos que dió el gabinete ruso. El

emperador Alejandro pagó sus servicios nombrándole primero cónsul jeneral en Königsberg (1813), y llevándolo luego á su lado con el título de consejero de Estado en la seccion de negocios extranjeros (1816). En 1817 el emperador le autorizó para volverse á su patria, y le nombró su corresponsal literario en Alemania, encargándole ademas la comision de darle cuenta del espíritu público del país. Esto era, en otros terminos, convertir al célebre escritor en espía de sus compatriotas. Kotzebue se consagró á su calumnias. Su correspondencia, verdadero libelo contra las nuevas ideas y los hombres que las habían adoptado, atacaba con furor las mas altas reputaciones de Alemania y los privilegios de sus universidades. Levantóse una generosa indignacion en las almas de los estudiantes, cuya mayor parte había defendido en el campo de batalla la independencia de su patria. Uno de ellos, llamado Sand, se encargó de la comun venganza y fué á Mannheim donde residia Kotzebue. Admitido á una audiencia particular, le presentó un papel en que estaban escritas estas palabras: *Sentencia de muerte contra Augusto Kotzebue el 23 de marzo de 1819*, y sacando un cuchillo, atravesó con él el corazon de su víctima, que, dando algunos gritos, espiró.

Este fin tuvo un hombre distinguido por eminentes cualidades, de las que hizo muchas veces un uso deplorable. Para haber sido un genio no le faltó mas que virtud.

LICEO

ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MURCIA.

Tenemos á la vista el segundo cuaderno de los destinados á la publicacion de las producciones del *Liceo artistico y litera-*

rio de Murcia, cuya lectura ha despertado en nuestro ánimo las sensaciones mas agradables. Una juventud estudiosa é inspirada que, mientras truena el cañon de la guerra, se reúne para dar expansion á las ideas, para fortalecerlas y aumentarlas, que encamina sus esfuerzos al lustre de su patria, promoviendo los intereses intelectuales y dando todo el posible fomento á la literatura y á las artes, hijas de la paz, merece en nuestro sentir grandes elogios. Consoladora es para el pensador esa tregua moral que el talento y el jenio procuran establecer con los desastres públicos, que debieran cautivar toda la atencion, si la magnanimidad española no supiese muchas veces prescindir del propio dolor para mitigar el dolor de los demas. La lira, que cuando suena el clarin del combate, enmudece sofocada ó se temple solo para excitar á la matanza y celebrar los bélicos combates, hoy ensaya cantos de amor y de humanidad y logra ser escuchada. He aquí el triunfo de la civilizacion: he aquí el mas seguro garante de la victoria del entendimiento sobre la fuerza y la pasion mezquina.

Pero, dejando adivinar á nuestros lectores todas las reflexiones lisonjeras que se nos ocurren con tan satisfactorio motivo, ocupémonos de la publicacion del *Liceo de Murcia*.

En un patriótico y bien sentido discurso que sirve de introduccion al cuaderno hace el Liceo una reseña de sus trabajos, manifestados ya en dos reuniones muy concurridas y dos exposiciones brillantes. Sigue una erudita y curiosa noticia del orijen y progresos de los *Liceos*, por cuya oportunidad y excelente redaccion felicitamos á su autor D. Joaquin de Toledo. Entre varias poesias que anuncian felicisimas disposiciones líricas, son notables dos: *La desesperacion* é *Isabel*, obras de D. N. Camilo Jover, jóven de diez y seis

años. Por último, un artículo de costumbres titulado *El baile de ánimas*, y otro de arqueología y numismática completan dignamente la colección.

Procederíamos sin duda contra el propio interés del Liceo Marciano, si le dijésemos que sus producciones son lo más acabado en poesía y literatura; porque el verdadero estímulo para los jóvenes estriba en la convicción de que son capaces de hacer más de lo que han hecho, de que el estudio y la perseverancia conducen á la perfección, y de que más perjudica al injenio una alabanza desmesurada y prematura, que la seca y desalentadora rigidez de una crítica demasiado exigente. Por eso fuimos elogiado al principio la nobleza de los esfuerzos de la juventud aplicada; pero al tratar de sus producciones nos contentamos con indicarle que está en el buen camino, y que la constancia en el trabajo sazonará los frutos que ahora se muestran en flor.

LA HIJA DEL MOLINERO.

BALADA.

En las orillas del lago de Allan, cuando la primavera brotaba sus primeras flores vi á la hija del molinero, la más bella, la más gentil de todas sus compañeras.

La vi cuando las hojas de los árboles empezaban á desarrollarse y las alondras preludiaban su tímido canto; porque yo vagaba entonces por la pradera bolland la yerba fina y las nacientes florecillas.

Era una hermosa flor prematura; la calma de una noche pura se hallaba retratada en su blanca y despejada frente; su sonrisa era tan dulce para el corazón co-

mo un bálsamo bienhechor, y su semblante gracioso, sin expresión de pasión alguna, semejava á un lago ajitado solamente por una ligera brisa.

Estaba prometida, pobre niña! á un soldado joven cuya vuelta esperaba; pero el amante tenía miel en la lengua y hiel en el corazón: su boca decía una cosa y su corazón sentía otra; y así la tierna desposada no fué largo tiempo la más alegre en las orillas del lago de Allan.

Cuando llegó el estío y con él sus días risueños, sus pájaros melódicos, su sol abrasador y tan brillante como los ojos de Alicia, la doncella buscó la soledad de los bosques. Era por descansar á la sombra del copudo avellano? era porque las tortolillas cantaban allí sus amores?

No sé; pero cuando el otoño vino á difundir la tristeza en las orillas del lago de Allan, la hermosa molinera no sonreía. El estío había herido su corazón al despedirse. El prometido esposo había olvidado su juramento, y de todas las doncellas ninguna estaba más triste que Alicia.

Las hojas de los árboles cubrían la tierra y la coloraban de mil matices de oro y púrpura; los pintados pajarillos cantaban con mayor dulzura y melancolía. Entonces vi á Alicia por la última vez; su voz era débil, su paso lento, su mejilla pálida, su sonrisa vaga, su mirada melancólica. Después silbáron los árboles de invierno lanzando á lo lejos grandes copos de nieve y la hermosa hija del molinero murió, murió antes del tiempo de las flores, del canto de la golondrina, de la brisa embalsamada.—Pobre niña!

La sepultáron con su vestido blanco en el momento en que el Sol lanzaba su último rayo sobre su dulce rostro: Alicia no era más que una flor que el Sol había marchitado en su carrera.



VISTA DEL PASO DE ROLANDO EN LOS PIRINEOS.

TIPOS ORIJNALES DE MADRID.

EL CERERO.

Oficio descansado, y nada comprometido: profesion liberal, que se ejerce sin

intervencion de veedores de gremio, y sin expedicion de título.

El *Cerero* es una especie de nómada, en continua circulacion por calles, plazas, plazuelas y paseos. Es un compositor de calendarios que no engañan, porque no ven la pública luz. Es un peon de *nones* en el complicado tablero en que se mueven y se ajitan los otros peones que hacen par-

te integrante del juego. Es un miron eterno en esta incomprensible ruleta, en que todos, apuntes y banqueros, todos son fulleros. Es una crónica ambulante de las efemérides contemporáneas. Es un ser á quien se ha dado la misión de *andar y ver*, y que en sabiendo contar (mentiras) no necesita saber leer ni escribir.

Por este exordio habrán venido en conocimiento mis amadas lectoras de que no hablo aquí del *Cerero* fabricante de bujías diáfanas para uso de tocador, ó de velas rizadas para misas de parida, ó de ambleos y hachas de cuatro pávilos y cirios pascuales. Nada tiene que ver mi *Cerero* con la *cera*, ni con sus lugares-tenientes el sebo y el aceite, porque se acuesta á la luz del cigarro, y no es hombre que despacha correo, ni escribe en ningún periódico.

Fantasma multiforme: verdadero Proteo de la Puerta del Sol y de las principales calles de Madrid, tiene mi *Cerero* todas las edades de catorce á cincuenta, todas las estaturas, todos los trajes desde el de píllo al de hombre decente, ó, mejor dicho, desde el de pelafustan al de señor.

Levántase tarde: almuerza ligero: plántase en medio de la vía pública, y desafiando lo mismo á los dardos caniculares que á las neblinas de Navidad, trota de barrio en barrio, de cuartel en cuartel, y á la una ha dado ya un par de vueltas á la muy heroica, imperial y coronada villa, no sin haber entrado en treinta ó cuarenta establecimientos cuya fundación se hizo en pro de las jentes desocupadas, en honor de los zánganos de toda clase que viven de no hacer nada para vivir sin estorbar á los que hacen algo.

El *Cerero* come á cualquier hora, cuando tiene qué: y si no la tiene (*vaya una pero-grullada!*) ayuna como cada hijo de vecino. Esto le sucede con tal cual frecuencia, porque el hambre que suele inva-

dir la habitación del hombre laborioso, es muy familiar compañera de la holgazanería, y la persigue con obstinación, si la astucia no viene á favorecer con sus recursos al holgazán.

Mas el *Cerero* no solo vive del alimento material. El pasto espiritual (y no hablo de los sermones) constituye la base de su subsistencia. Ya, parado delante de un par de ciegos matalones, oye con la boca abierta y los brazos cruzados sobre el remate de la espina dorsal una jácara desvergouzada é insulsa: ya en la postura del celebre Coloso de Rodas presencia cerca de una esquina el embadurnamiento del reverso de un cartel de teatro ó de un bando de la policía, y lo deletrea dos minutos despues: ya, colocado en la encruzijada de alguno de los parajes de *pesca*, presencia el movimiento y circulación de las princesas de á sesenta y ocho cuartos, y les dice al paso algun romántico chiboleo: ya hecho un estafermo á la puerta del coliseo, al empezarse ó concluirse la función, pasa revista á los que entran ó salen: ya toma parte en calidad de testigo, ó de observador que no atestigua, en alguna quimera improvisada de resultados del pisotón de un gallego ó del encuentro desgraciado de una desconcertada pareja: ya, fumando un puro de seis al frente en el ángulo mas retirado de un villar, decide de alguna cuestion de palos sucios: ya, discurriendo á guisa de artificial eulebrina por entre los corrillos de jente novelera, pregunta á uno, recoge al vuelo las noticias de otro, y se incorpora alternativamente en treinta conversaciones: ya, pasando por delante de algun templo en cuya puerta se ve jente, entra, y por casualidad asiste lo mismo á un bautizo que á un jubileo, y á un entierro que á una boda: ya, en fin, cansado de ver y de andar, y de volver á andar, y de tornar á ver, se retira á su saquizamí, con firme propósito de repe-

tir al siguiente día las mismas operaciones.

El *Cerero*, considerado bajo cierto aspecto, y convenientemente *reglamentado*, ahora que tenemos la manía de reglamentarlo todo en un sentido, bien que se prescinda de todas las reglas en otros, pudiera, sin embargo, ser muy útil en la capital. Él debería tener ríjistro abierto, por fisonomías, de todos los pillos de diferentes edades y dimensiones que se acuestan soñando en hacer suyo lo ajeno, y lo intentan así que se levantan: á él se debieran de confiar los apuntes necesarios para las obras de empedrado, y entónces no nos veríamos, por falta de datos, expuestos á cada momento á rompernos las narices con tanto barranco por todas partes: el *Cerero* pudiera suministrar noticias de las obras de construcción de edificios para las que se aglomeran materiales que obstruyen el tránsito, y cerca de los cuales no se encuentra por la noche una mala luz, con peligro para los carruajes y para los cortos de vista que, como yo, van á pié: el *Cerero* podría presentar un estado, por castas, de los doscientos mil perros vagabundos que infestan la población, y que en dando las diez de la noche declaran entre ladridos y aullidos guerra á muerte á toda humana pantorrilla, ocasionando no pocas desgracias: al *Cerero* debiera encomendarse la superintendencia de los amores de contrabando en todas sus fases, como á observador á cuya penetración no puede escapar la cita, ni la espera; y que se hembra y roza de continuo, día y noche, con todo planton de esquina.

El *Cerero* suele acabar por entregarse á la profesión de pobre vergonzante, y en este caso ocupa una tercera parte del tiempo en averiguar circunstancias del vecindario, otra tercera parte en escribir tsuelas de lastimera y bárbara redacción, y el resto en subir y bajar escaleras y tirar de las cuerdas de las campanillas. Aquí

se presenta como Capitán retirado: allí como Administrador de rentas cesante: acullá como artista desvalido: en esta casa se anuncia con un apellido, en aquella con otro: recibe á las doce un sofion, á la una cuatro cuartos, á las dos media peseta, y á las tres un portazo en las narices; resultándole de todo el triste privilejio de arrastrar la vida malamente sostenido por sus semejantes, que, en cuanto le ven, rezan un padre nuestro á S. Bernardino rogándole proteja con eficacia el establecimiento que lleva su nombre.

AZCONA.

RAMILLETE.

— Tenemos á la vista el prospecto de un nuevo periódico semanal que va á publicarse en Granada los domingos, principiando desde el 19 del corriente, con el título de *La Alhambra*. En él se lee lo siguiente:

Granada, con sus recuerdos caballerescos, con sus doradas tradiciones orientales, con sus alcázares de filigrana, con esa celebridad Europea que acompaña constantemente su nombre, con una historia en fin, cuyas páginas son por sí solas trozos brillantes de la más encantadora poesía, no había seguido aun el movimiento rejenador que hoy se nota en todas las capitales de España.

La Alhambra sale, pues, bajo los auspicios de una asociación literaria y patriótica, cuyos individuos se han propuesto remover á toda costa los multiplicados obstáculos que desgraciadamente encuentra en nuestro país toda empresa útil y jenerosa.

Cuantas materias abraza la universalidad de los conocimientos humanos, otras tantas caben en las columnas de este nuevo semanario; exceptuándose solo las que pertenecen ó tengan contacto con las cuestiones de política práctica, ó de gobierno, ó omnimodamente proscritas en su redacción. La historia, la topografía, las amenísimas tradiciones del país tendrán en ella un lugar privilegiado como lo exige el título eminentemente histórico con que se distingue. La seca y desahrida crónica aparecerá muchas

veces engalanada con las ricas joyas de que puede revestirla la espléndida imaginación del mediodía, sin que pierda por ello parte alguna esencial de su austera exactitud; á la manera que el guerrero puede conservar la severa expresión de su fisonomía, aunque vista sobre la coraza un manto de púrpura.

El Teatro por último, escuela de las costumbres según unos, simple reflejo de ellas según otros, y elemento poderoso de ilustración y cultura para todos los pensadores, merecerá con frecuencia una mirada imparcial, pero escudriñadora, superficial á veces, á veces profunda, según requieran las circunstancias. Una feliz casualidad ha reunido hoy en Granada muchas de las notabilidades de la escena española: los artículos dramáticos de *La Alhambra* deben excitar por lo mismo un interés artístico muy vivo y peninsular.

La redacción se halla establecida en el distinguido convento de Sto. Domingo.

Precios de suscripción. Dentro de la capital, por un mes llevado á casa de los Sres. suscritores. 4 rs. — Por seis meses 20.

Fuera de la capital franco de porte. Por un mes 5 rs. — Por seis meses 25.

Puntos de suscripción. Casa de D. Antonio Romero Saavedra, calle de Navas, núm. 3. — Casa de D. Manuel María Hazas, casa de la columna de piedra. Y en la redacción del periódico.

En la lista de los individuos que componen

la asociación literaria y patriótica encargada de su redacción vemos nombres muy recomendables, y que nos inducen á concebir grandes esperanzas.

Presajiamos, pues, prosperidad y larga vida á esta nueva publicación que en nuestro concepto hace singular honor á sus fundadores.

— Publicóse en Paris un libro hace quince días. Un sugeto creyó reconocer su retrato en algunas líneas injuriosas y pidió satisfacción del insulto. "Estoy pronto á dársela y muy completa," respondió el autor de la obra; pero os exijo formalmente la declaración por escrito de que todos los rasgos de la figura por mí trazada pueden aplicarse á vuestra persona. — Estoy pronto replicó el ofendido." En seguida tomó una pluma y redactó la declaración que se le pedía. — "Muy bien," dijo entónces el autor. Ahora pregunto yo á cualquier hombre honrado si puede batirme con quien reconozca su fisonomía en un retrato tan abominable como el de mi libro? — Esta oportuna respuesta bastó para que el demandante se retirase confuso y avergonzado.

— Por orden del virey del reino Lombardo-Veneto, el monumento que el emperador de Austria ha mandado erijir en honor del Ticiano, se colocara frente por frente del da Canova en la iglesia de Santa-Maria-Gloriosa-dei-Frari en Venecia, donde descansan las cenizas de aquel gran pintor.

NOTA IMPORTANTE. En nuestro número 6.^o de la segunda época ofrecimos una portada y un índice para fin de cada trimestre. Íbamos á cumplir con este deber en la última entrega de marzo último; pero algunos de nuestros suscritores nos han hecho presente que siendo muy pequeño el volúmen que forman trece números para constituir un tomo, convendría dejar el índice y la portada para fin del semestre. Así lo hemos dispuesto y lo avisamos á las personas que nos favorecen seguros de que no nos harán un cargo severo por esta pequeña alteración.

INDICE DE ESTE NÚMERO. — El Mangle y la Grulla de Indias. — Discurso sobre las unidades dramáticas. (Conclusion.) — Los Cruzados en Venecia: (Continuacion.) — Biografía: Kotzebue, literato alemán. — Licón de Marcia. — La hija del molinero: Balada. — Tipos originales de Madrid: El Cerero. — Ramillete.

Editor responsable — A. GUERRERO.

MADRID: 1839. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE DOÑA CATALINA PIÑELLA,
calle del Amor de Dios, número 7.